

CAPÍTULO I

El constructivismo posestructuralista como teoría de las relaciones internacionales

El estudio de las relaciones internacionales desde el constructivismo posestructuralista es un ejercicio interactivo entre el método de interpretación y los fenómenos que se comprenden. Las “descripciones objetivas” son construcciones interpretativas en las que los teóricos ejercen una labor reflexiva.

El propósito de este capítulo es proveer las bases para el ejercicio analítico que se desarrolló durante esta investigación, además de hacer comprensible el ejercicio metodológico que sustenta el argumento.

La orientación posestructuralista busca recuperar los elementos de la analítica del poder-saber de Foucault, para mostrar el potencial analítico y metodológico de esta perspectiva en el conocimiento de las relaciones internacionales y como opción crítica para analizar las relaciones sino-latinoamericanas.

Enfoque posestructuralista de las relaciones internacionales

Al considerar las nociones fundamentales del constructivismo posestructuralista, es necesario discutir sobre el contexto espacio-tiempo y el sentido ideológico en el que se enmarcó el debate de esta teoría.

Siguiendo a Santa Cruz (2014), la consolidación del constructivismo en las relaciones internacionales es reciente y “no fue sino a partir de la década de 1990 cuando entró en escena como una alternativa reconocida para el estudio de la política mundial” (p. 7).

Para Koslowski (1994) los sucesos históricos que desencadenaron el marco discursivo constructivista fueron la caída del Muro de Berlín, en 1989, y el desplome de la Unión Soviética, en 1990. El discurso que había incidido en las principales teorías sobre las relaciones internacionales empezó a desmoronarse con el fin de la Guerra Fría. Estudiosos internacionalistas de la época empezaron a reflexionar en un contexto de profundos cambios políticos e ideológicos.

Para Vitelli (2014, p. 130), el debate teórico que dio vida al constructivismo durante la década de 1980 nació de las disputas entre el racionalismo y el reflectivismo; estas disputas dieron lugar a “supuestos epistemológicos y ontológicos que el constructivismo comparte con el resto de los ‘ismos’ reflectivistas: posmodernismo, posestructuralismo y feminismo”; la diversidad, como característica del constructivismo, es para sus críticos una debilidad. El constructivismo es una etiqueta abarcadora que reúne enfoques muy variados, aunque no se trata de una multiplicidad ininteligible. Vitelli observa la diversidad de enfoques que se juntan bajo la etiqueta constructivista, y apunta que este no es sinónimo de reflectivismo, aunque haya nacido de la disputa sostenida entre estas corrientes.

A diferencia de Vitelli, Santa Cruz considera que el constructivismo “tuvo lugar en 1988 cuando, en su discurso inaugural de la XXIX Convención Anual de la Asociación de Estudios Internacionales, Robert Keohane se refirió a lo que entonces denominó enfoque ‘reflexivista’ —y que después sería conocido como constructivista—” (2014, p. 8).

El constructivismo tiene una variedad de enfoques y su clasificación varía según las perspectivas teóricas de los diferentes autores. Alder, por ejemplo, aclara que su manera de clasificar las versiones

del constructivismo tiene como sustento la visión de Cecelia Lynch y de Audie Klotz. Para este autor son las siguientes: modernista, posmodernista, conocimiento narrativo y las que se valen de las técnicas desarrolladas por el posmodernismo.

El constructivismo, según Ruggie (1988), se divide en tres variantes: el constructivismo neoclásico —Katzenstein—; el posmoderno —Ashley—; y el naturalista —Wendt— (Sánchez, 2010, p. 8).

El constructivismo, para Katzenstein, Keohane y Krasner, se fragmenta en tres grandes grupos: convencional, crítico y posmoderno. Para estos autores, las fronteras entre estos grupos son porosas y los académicos pueden moverse de posición.

La versión convencional insiste en que las perspectivas sociológicas ofrecen una orientación teórica general y programas específicos de investigación que pueden complementar los postulados racionalistas o rivalizarlos.

El análisis posmoderno intenta desenmascarar las relaciones de poder que las construcciones del conocimiento camuflan, y todas las formas de racionalidad comunicativa. Están interesados en deconstruir el discurso establecido, incluyendo su propio discurso o prestando atención a lo que es marginal o silencioso (Sánchez, 2012, pp. 107-129).

El debate teórico posestructuralista, en el campo de las relaciones internacionales, tiene su origen en los años ochenta, con autores como Richard Ashley y Rob Walker, quienes permitieron pensar el campo de conocimiento de las relaciones internacionales bajo nuevas perspectivas teóricas. El objetivo fue estudiarlas como un conjunto de analíticas que pugnan por la producción de *saber* sobre la política internacional.

El área específica de las Relaciones Internacionales, como desdoble de la teoría política moderna, no ha salido ilesa ante el desafío epistemológico y político sugerido por Foucault. Mientras Foucault

publicaba sus últimos escritos, a mediados de los ochenta, jóvenes intelectuales internacionalistas, como Richard K. Ashley y R. B. J. Walker empezaban sus trayectorias, interesados en desafiar la hegemonía académica de los neorrealistas y liberales y su imposición autoritaria de temáticas, métodos, conceptos y compromisos políticos. Ashley, Walker y autores como Michel Shapiro y James Der Derian, han dedicado sobre todo sus investigaciones iniciales a la labor de explicitar la falacia de la neutralidad de las teorías hegemónicas de RRII y su compromiso velado con la defensa del estatus quo del poder mundial. Así, la centralidad epistemológica del Estado entre neorrealistas y neoliberales no sería una simple emanación de una presunta naturaleza de la política internacional o mero efecto de una supuesta anarquía internacional, sino construcciones políticas asociadas a intereses de poder. (Rodrigues 2014, pp. 90 y 91)

Ontológicamente, el constructivismo posestructuralista concibe la realidad como una construcción intersubjetiva constituida a través de prácticas sociales y discursos. Para el constructivismo posestructuralista no hay objeto sin sujeto, puesto que el primero es producción del segundo, lo que implica aceptar que, en lugar de percibir la realidad por medio de los sentidos, el conocimiento depende de un sujeto que construye la realidad a través de un objeto del conocimiento. La realidad, por lo tanto, es una construcción social más que algo dado a los sentidos; negar o ignorar la importancia del ser humano en la construcción de la realidad sería negarlo ontológicamente.

Los autores posestructuralistas abordan las limitaciones de las concepciones del conocimiento de las corrientes principales de las relaciones internacionales —neorrealismo y neoliberalismo—, para ellos, el problema gravita en el análisis que las posturas epistemológicas manejadas por el racionalismo hacen, ya que estas contradicen sus bases ontológicas. El análisis epistemológico positivista insiste en una separación del objeto y el sujeto, asumiendo que los actores se mueven por fuerzas objetivas y que el sentido intersubjetivo depende del comportamiento.

Para Kunz, el enfoque posestructuralista nace con la pretensión de debatir sobre la fundamentación del conocimiento; al mismo tiempo, pretende denunciar el fraude epistemológico de la razón moderna y el fraude histórico de la modernidad, como proyecto progresista y emancipador (2012, pp. 1-5).

Así, desafiando las unidades fundacionales de la modernidad (el sujeto autónomo, el Estado soberano, la gran teoría) y las oposiciones antitéticas que las sostienen (sujeto/objeto; yo/otro; adentro/afuera), algunos internacionalistas comenzaron a plantear la posibilidad de repensar el estatuto ontológico de la política mundial predominante en la ortodoxia de las Relaciones Internacionales. [...] ciertos trabajos inscritos en una teoría posestructuralista de la significación se orientan a cuestionar el lenguaje, los conceptos e imágenes predominantes en la disciplina buscando (dicho en términos foucaultianos) revelar la complicidad existente entre la práctica de la política mundial y el orden del discurso de la teoría internacional, en tanto esa complicidad habría tenido como efecto la configuración problemática de un particular régimen de verdad. Una relación entre poder y saber que aspira a establecer las formas y contenidos del discurso autorizado sobre la política mundial. (pp. 1-5)

Los posestructuralistas consideran que las teorías de las relaciones internacionales son, en sí, materia de investigación. Ashley (1984) investiga sobre el neorrealismo y sus debilidades; expone como una corriente hegemónica la neorrealista en el campo de las relaciones internacionales, y sostiene que es consecuencia de una construcción política, económica y cultural; es decir, una teoría de construcción histórica. “A través de un análisis riguroso del lenguaje y de los métodos de las relaciones internacionales, el posestructuralismo ha disturbado muchas de las convenciones que por mucho tiempo se erigieron como verdades naturales en el campo” (Ghilarducci, 2020, pp. 113-138).

Para Der Derian y Shapiro (1989) los argumentos construidos en el campo de las relaciones internacionales, lejos de ser el resultado de un conocimiento natural, son producto histórico que, bajo las

relaciones de poder y conocimiento, se fundamentan en un proceso de disciplinamiento y normalización. Así, cuestionan la fijación de los límites discursivos sobre los cuales se habrían legitimado las relaciones internacionales como disciplina, bajo el entendimiento de lo dado.

Para Devetak (2007), trabajar desde el posestructuralismo implica un intento de no caer en visiones totalizadoras. Esto significaría una negativa a aceptar que existe un modo único y apropiado de relacionar la teoría y la práctica; cuestionando aquellas visiones como verdaderas y evidentes sobre la realidad.

Los posestructuralistas estudian la genealogía de las ideas y de los sujetos políticos existentes en el entorno internacional, Doty reafirma la importancia del discurso en la construcción de la realidad y de la estricta relación entre conocimiento y poder. Según esta perspectiva, el poder no es algo preexistente que emana de un sujeto preconstituido. El poder produce los sujetos a través de la actividad discursiva que los posiciona como tales en un determinado contexto. (Ghilarducci, 2020, pp. 113-138)

Esta reflexión constituye una observación para examinar aquellos supuestos ontológicos que sustentan buena parte de las producciones de la disciplina, fundamentalmente identificada con el paradigma realista. Hammar (2001) examina la manera en que ha sido construido el espacio político desde un discurso teórico internacional dominante. Para el autor, el realismo como discurso y las teorías que le son afines habrían hecho posible no solo determinadas nociones alrededor del quehacer internacional, sino, sobre todo, supuestos con base en una estricta separación epistemológica y ontológica.

Las influencias teóricas de los autores posestructuralistas y que contribuyeron:

significativamente al cuestionamiento de los fundamentos de la racionalidad y del pensamiento occidental [...] fueron los filósofos franceses contemporáneos como Michel Foucault (1926-1984), Jacques Derrida (1930-2004), Gilles Deleuze (1925-1995), Pierre Bourdieu (1930-2002) y Jean-François Lyotard (1924-1998). Estos

filósofos, cada cual, a su manera, buscaron quebrantar los pilares de la modernidad —sus bases ontológicas y epistemológicas— en los campos de la política, la ética, el lenguaje y la subjetividad. (Rodrigues, 2014, p. 97)

En el campo de los estudios de las relaciones internacionales numerosos autores han utilizado conceptos de Foucault, entre los que destacan: Michael Dillon, Andrew Neal, Didier Bigo, Vivienne Jabri, Mark Duffield, David Chandler.

Por lo tanto, el uso de la teoría de Foucault en las relaciones internacionales no es una mera “opción especulativa o preferencia teórica, acordándonos de lo que dijo Foucault, sino una pertinencia justificable para analizar y comprender algo de un mundo en rápido redimensionamiento” (2014, p. 102).

Una filosofía analítica del poder implica, según Foucault, que el intelectual no ignore qué es el poder:

La filosofía ha tenido tradicionalmente como función fundar y limitar el poder, instaurándose ella misma como ley. Una filosofía analítica del poder, en cambio, no se plantea la cuestión del poder desde el punto de vista del bien o del mal, sino desde el punto de vista de la existencia del poder [...]. Este modo en el que Foucault concibe la filosofía del poder se inscribe en su concepción general de la filosofía como una actividad de diagnóstico. (Castro, s/f, p. 365).

El sentido general de la filosofía foucaultiana no es la de descubrir, su tarea sería hacer visible lo que es visible; siendo su objetivo diagnosticar, en el *presente*, las fuerzas que lo constituyen. Desde esta perspectiva, una filosofía analítica del poder estudia “las relaciones de poder como juegos, en términos de tácticas y estrategias” (s/f, p. 365).

Se intenta entonces esbozar en breves líneas la filosofía política de Foucault o, para utilizar una expresión suya, de una “filosofía analítica del poder” (s/f, p. 365).

Mostramos las razones “internas”, por llamarlas de algún modo, por las cuales Foucault es conducido hacia el análisis del poder. La for-

mación del saber requiere que se tomen en consideración, además de las prácticas discursivas, las prácticas no-discursivas; también que se preste particular atención al funcionamiento entrelazado de prácticas discursivas y prácticas no-discursivas. En efecto, el saber y el poder se apoyan y refuerzan mutuamente. Además de esta razón interna, la interrogación filosófica por el poder tiene otras motivaciones teóricas y políticas. Los fenómenos políticos de la modernidad (el Estado centralizado, la burocracia, los campos de concentración, las políticas de salud, etc.) nos ponen ante el problema de la relación entre el proceso de racionalización de la modernidad y las formas de ejercicio del poder. Para Foucault, la particularidad histórica de las formas políticas de la modernidad, no solo del Estado moderno, reside en que en ninguna otra sociedad encontramos “una combinación tan compleja de técnicas de individualización y de procedimientos de totalización”. (p. 410)

La analítica del poder tiene un componente metafísico (se trata de una ontología histórica), como una actitud ética y política de contestación incesante; y, finalmente, como una filosofía que tiene por objeto “lo que nos pasa”: una filosofía del acontecimiento, que no es del conocimiento verdadero, sino el de las condiciones de posibilidad en el presente. Se trata, pues, de una filosofía “crítica del presente”; que intenta encontrar la génesis de la racionalidad y de afrontar este problema desde una perspectiva histórica.

El constructo analítico de Foucault permite revelar la profunda relación entre el poder y el saber. Desmitificando la idea de que el supuesto del saber es la neutralidad. En este sentido, el saber es producto del poder y viceversa.

Lo que se intentará sacar a la luz es el campo epistemológico, la episteme en la que los conocimientos, considerados fuera de cualquier criterio que se refiera a su valor racional o a sus formas objetivas, hunden su positividad y manifiestan así una historia que no es la de su perfección creciente, sino la de sus condiciones de posibilidad; en este texto lo que debe aparecer son, dentro del espacio del saber, las configuraciones que han dado lugar a las diversas formas del conocimiento empírico. Más que una historia, en el sentido tradicional de la palabra, se trata de una “arqueología”. (Foucault, 1968, p. 7)

Primero, se debe reconstruir el modo en que *las palabras y las cosas* recurren a la relación con el origen. Con el propósito de identificar y distinguir las epistemes, Foucault remarca la importancia del *origen* para realizar una arqueología de los discursos políticos. El origen equivale a decir que las prácticas discursivas se articulan en función de la contemporaneidad. Sin embargo, la episteme moderna deja de lado la familiaridad con el origen. Así, la historia del hombre se separa de la historia de las cosas, y el hombre solo piensa su origen sobre el fondo de un tiempo ya iniciado antes que él. El pensar el origen de manera distinta posibilitaría las condiciones de proveer una clave de *inteligibilidad arqueológica* para abordar los discursos políticos.

Esta remisión a un origen idealizado puede reconocerse en los discursos del saber-poder, que se articulan a una trama epistémica y parten de un origen idealizado, que sirve de piedra de toque de todo poder y de toda pretensión de derecho. Así, el discurso del liberalismo político contemporáneo se remite a un origen idílico, que Foucault identificó como propia tanto de la episteme clásica como del discurso jurídico-político. Esto equivale a sostener que la reflexión liberal sobre la política se articula en la remisión a un momento originario, transparente o fácilmente descifrable, histórico o hipotético, que brinda la clave de legitimación de todo poder.

Si esto es así, el discurso posfundacionalista se articula a partir de una trama epistémica que postula un comienzo desgarrado como síntoma de todo orden comunitario; comienzo que retorna en la forma de politización de lo ocluido. Finalmente, conjeturamos la posibilidad de identificar la operatoria del retiro del origen en una serie de discursos que insisten en las perplejidades a que nos ha conducido una deriva civilizatoria caracterizada por la autonomización de la técnica, que alcanza su consumación en las masacres administrativas de primera mitad del siglo XX. Estos discursos políticos post-totalitarios insisten en la ruptura del hilo de la tradición y el agotamiento de las categorías tradicionales, lo que conduce al pensamiento y la acción políticos a una serie de perplejidades y umbrales imposibles de trasponer. (Nosetto, 2017, pp. 1-16)

Foucault ha sido crítico frente a los supuestos de las ciencias sociales que han fortalecido el discurso de la idea de un poder verdadero y único. El poder estaría en todo el escenario social, esta perspectiva epistémica constituye una oposición a la tradición histórica del saber-poder.

El conocimiento es una producción de los seres humanos, así la forma en que se ordena el mundo, la manera de interpretarlo, depende del lenguaje, y es en relación con el contexto histórico social.

Desde la perspectiva foucaultiana, el poder se legitima en discursos que a su vez se concretan en saberes, así la realidad se construye por el saber en tanto construcción social legitimada por el poder, siendo el saber un instrumento determinado por la voluntad de dominio que produce una acción disciplinaria. De esta manera, el poder se materializa a través de diversas representaciones de disciplinamiento, diversas formas de vigilancia y control. Un acto de violencia normativa tiene lugar, sobre los sujetos que introyectan, aun sin saberlo, la subjetividad impuesta por las estructuras de poder, asimilando y reproduciendo la situación de dominación como algo natural. (Palazio, 2017, p. 13)

Las prácticas discursivas operan sobre los sujetos, la finalidad del saber-poder reside en lograr la formación del sujeto de acuerdo con toda una táctica de las fuerzas y de los cuerpos. El modo de ser del hombre, tal como se ha constituido en el pensamiento moderno, le permite representar dos papeles: además que está, a la vez, en el fundamento de todas las positivities, también está, de una manera que no puede llamarse privilegiada, en el elemento de las cosas empíricas. Este hecho —no se trata para nada allí de la esencia general del hombre, sino pura y simplemente de este *a priori* histórico que, desde el siglo XIX, sirve de suelo casi evidente a nuestro pensamiento— es decisivo para la posición que debe darse a las “ciencias humanas”, a este cuerpo de conocimientos (pero quizá esta palabra misma sea demasiado fuerte: digamos, para ser aún más neutros, a este conjunto de discursos) que toma por objeto al hombre en lo que tiene de empírico (Foucault, 1968, p. 334).

La crítica a la razón de las ciencias humanas es que estas pretenden conocer al hombre para dominarlo, en este sentido, el poder de la razón tendría la capacidad de imponer la verdad. El saber-poder moldea las conciencias de los sujetos de una sociedad, pretendiendo una verdad única y homogénea.

Los discursos no serían ni unitarios ni compactos, tampoco pertenecerían a bloques epistémicos sucesivos y mutuamente excluyentes. Habría una multiplicidad de juegos discursivos y superficies discursivas no excluidas mutuamente, que conviven en su heterogeneidad. Así, las superficies discursivas no son propiedad de quienes detentan el poder, menos aún formadas por estos. Por tanto, los discursos son producto de tácticas políticas diversas y contradictorias, esto implica que son el espacio de las luchas.

Pero la razón no está en que se prefiera la autoridad de los hombres a la exactitud de una mirada sin prevención, sino en que la naturaleza misma es un tejido ininterrumpido de palabras y de marcas, de relatos y de caracteres, de discursos y de formas. Cuando se hace la historia de un animal, es inútil e imposible tratar de elegir entre el oficio del naturalista y el del compilador: es necesario recoger en una única forma del saber todo lo que ha sido visto y oído, todo lo que ha sido relatado por la naturaleza o por los hombres, por el lenguaje del mundo, de las tradiciones o de los poetas. Conocer un animal, una planta o una cosa cualquiera de la tierra equivale a recoger toda la espesa capa de signos que han podido depositarse en ellos o sobre ellos; es encontrar de nuevo todas las constelaciones de formas en las que toman valor de blasón. Aldrovandi no era un observador mejor ni peor que Buffon; no era más crédulo que él, ni estaba menos apegado a la fidelidad de la mirada o a la racionalidad de las cosas. Simple y sencillamente, su mirada no estaba ligada a las cosas por el mismo sistema, ni la misma disposición de la episteme. Aldrovandi contempla meticulosamente una naturaleza que estaba escrita de arriba abajo. Así, pues, saber consiste en referir el lenguaje al lenguaje; en restituir la gran planicie uniforme de las palabras y de las cosas. Hacer hablar a todo. Es decir, hacer nacer por encima de todas las marcas el discurso segundo del comentario. Lo propio del saber no es ni ver ni demostrar, sino interpretar. Comentarios de la Escritura, comentarios de los

antiguos, comentarios de lo que relatan los viajeros, comentarios de leyendas y de fábulas: a ninguno de estos discursos se pide interpretar su derecho a enunciar una verdad; lo único que se requiere de él es la posibilidad de hablar sobre él. El lenguaje lleva en sí mismo su principio interior de proliferación. (p. 47)

Los discursos, al ser operadores de tácticas políticas, vehicularizarían como prácticas discursivas las relaciones de poder; en este sentido, el discurso y el poder dejan de ser dos formas exteriores la una de la otra.

Foucault afirma que no es de ninguna manera posible hablar sobre cualquier tema en cualquier época. Se entiende así que lo complejo de las elaboraciones discursivas se debe a la enmarañada red de reglas de la formación de los objetos, de las formas de los enunciados, de la manera que fueron creados los conceptos y de la planificación de las estrategias mediante las que el saber creado se introduce en la colectividad. Hernández Castellanos (2010) afirma que la arqueología alude a un análisis del discurso, el cual no tiene sus leyes de elaboración (sintácticas o semánticas) en los códigos de la lengua, los halla en sus circunstancias existenciales, en la forma en que hace uso de él. En efecto, Foucault ve al discurso como un campo de prácticas, un sitio de acción permanente, un lugar de emergencia de acontecimientos.

Por otra parte, si no hay libertad real para pensar es porque hay otras formas de sujeción de la discursividad que, sin dejar de suponer estos sistemas arbitrarios de reglas, actúan sobre nuestros discursos regulando sus efectos, mediante instituciones y procedimientos que introducen las relaciones de poder al análisis. Pues el discurso también está en el orden de las leyes. A partir de la concepción estratégica de las formaciones discursivas entra el registro político del *archivo* con todas sus fuerzas; puesto que una vez que se ha identificado el discurso como una práctica inserta en un campo de prácticas, acciones y conflictos, podemos llegar a percibir su dimensión *agonal* y no solo heurística (p. 54).

Es necesario, entonces, admitir que existe un orden social determinado que norma la cualidad de conflicto del discurso en tanto acontecimiento social, lo que Foucault denomina, *el orden del discurso*.

El término *discurso* toca uno de los temas centrales del trabajo de Foucault. “La arqueología, como yo la entiendo, no es pariente de la geología (como análisis del subsuelo) ni de la genealogía (como descripción de los comienzos y de las sucesiones); es el análisis del discurso en la modalidad de archivo” (DE1, 595). Desde este punto de vista, el término “discurso” plantea una cuestión metodológica: la definición de las reglas de la descripción arqueológica. Esta es, en gran parte, la tarea de *L'Archéologie du savoir*. Allí Foucault define el discurso como el “conjunto de enunciados que provienen de un mismo sistema de formación; así se podría hablar de discurso clínico, discurso económico, discurso de la historia natural, discurso psiquiátrico” (AS, 141). El discurso “está constituido por un número limitado de enunciados para los cuales se puede definir un conjunto de condiciones de existencia” (AS, 153). A medida que Foucault sustituye la noción de episteme por la de dispositivo y, finalmente, por la de práctica, el análisis del discurso comenzará a entrelazarse cada vez más con el análisis de lo no-discursivo (prácticas en general). Este cambio está sujeto, a su vez, a modificaciones, puesto que Foucault varía su concepción del poder. De este modo, desde un punto de vista metodológico, es necesario abordar la cuestión del discurso en relación con la arqueología, la genealogía y la ética, es decir, los ejes del trabajo de Foucault. (Castro, s/f, loc. cit. 41).

Para Foucault (2005) el discurso es poder, y aunque los varios actores manejen un tipo de retórica para la discusión, con argumentos universalmente aceptados, siguen enmarcados estos posicionamientos en un discurso de saber-poder. Ya que las mismas normas y las instituciones que las rigen se han encargado de la constitución y objetivación de estas a través de sus prácticas que son, más que nada, coercitivas.

Por tanto, entender el discurso es pensar en la lógica subyacente de la organización política y social del sistema internacional, así como de las estructuras de poder inmersas que subyacen en este.

“Más específicamente, los discursos definen sujetos autorizados a hablar y actuar” (Milliken, 1999, p. 229). El análisis del discurso permite ilustrar cómo este define ciertas prácticas como legítimas tomando en cuenta el contexto y el tiempo en el que se desarrollan, y cómo construye un determinado régimen de verdad, mientras excluye otros modos de identidad (Ortega Salvador, 2012).

El análisis del discurso como procedimiento se considera algo más que el lenguaje oral o escrito, se refiere a la comprensión de cómo se configura la realidad a través de los discursos, haciendo visibles sus puntos de origen y supuestos.

En cuanto al concepto de enunciado, para Foucault (2008) está más allá de las prácticas de enunciación, de los actos del habla, de las frases, pues, “una misma oración, con el mismo sentido, puede representar distintos enunciados” [...] no puede ser una frase por sí, puesto que las estructuras gramaticales no se reducen a los juegos de la sintaxis, aunque tampoco puede ser considerada una enunciación, porque se limitaría su función al acto de hablar o de pronunciar algo. Entonces, desde esa perspectiva teórica, enunciado remite a escarbar en la historia, adentrando, desmontando y remontando acontecimientos que, no estando en una linealidad, se dispersaron, y confluye y posibilitan ciertas prácticas en torno de los cuerpos. (párr. 21)

Para Foucault lo que es discursivo en una determinada época, con el tiempo, se convierte en enunciados. “Para comprender la formación de un enunciado es necesario prestar atención al modo en el que ocurre, así como cuestionar el estatus de quien habla, los lugares desde los que se emiten los discursos y las posiciones de los sujetos que hablan” (párr. 26).

Los elementos que se consideran para el análisis del discurso son:

1. Los aspectos básicos del discurso; los enunciados como redes conceptuales que definen el dominio del conocimiento.
2. El dominio de un saber que parte de un lugar de enunciación, ¿cómo este implica un tipo de comprensión e interpretación de la realidad?

3. El procedimiento del control externo del discurso; es decir, enunciar una verdad oculta, así como el sistema de instituciones que imponen una verdad.
4. El procedimiento del control interno del discurso, que permite construir otros discursos por resistencia.

Esta investigación mostrará que la analítica interpretativa del saber-poder desarrollada por Michel Foucault hace posible activar el debate de las relaciones sino-latinoamericanas desde un campo teórico poco explorado, especialmente en el campo de las relaciones internacionales. Si bien es cierto que el filósofo francés no se ha dedicado directamente al tema de las relaciones internacionales, sin embargo, sus reflexiones tuvieron y tienen la capacidad de analizar las “fundaciones” de las teorías clásicas del saber-poder derivadas del discurso.

La genealogía y la arqueología del saber como operadores metodológicos

La genealogía y la arqueología son los puntos centrales de la metodología foucaultiana; la genealogía consiste en indagar sobre el presente, como un recorte de la realidad.

Se habla de un período genealógico de Foucault para referirse a aquellas obras dedicadas al análisis de las formas de ejercicio del poder. A diferencia de cuanto ocurre con la arqueología y con la noción de episteme, Foucault no ha escrito una obra metodológica al respecto, como sucedió con *L'Archéologie du savoir*. Sí existen una serie de principios metodológicos para abordar el análisis del poder, que encontramos, especialmente, en *Surveiller et punir* e “Il faut défendre la société” [...] Es necesario precisar que no debemos entender la genealogía de Foucault como una ruptura, y menos aún como una oposición a la arqueología. Arqueología y genealogía se apoyan sobre un presupuesto común: escribir la historia sin referir el análisis a la instancia fundadora del sujeto (DE3, 147). Por otro lado, el paso de la arqueología a la genealogía es una ampliación del campo de investigación para incluir de manera más precisa el estudio de las prácticas no discursivas y, sobre todo, la relación no-discursividad/discursividad;

dicho de otro modo: para analizar el saber en términos de estrategia y tácticas de poder. (Castro, s/f, pp. 228 y 229)

Para el análisis de un argumento “presente”, la genealogía como proceso es indispensable, en este sentido, el trabajo genealógico consiste en situar las relaciones de poder en las luchas que se abren en el ámbito del saber; entiéndase la lucha como *agonismo*¹ y no como *antagonismo*, una relación de incitación y reversibilidad.

“La arqueología es una historia de las condiciones históricas de posibilidad del saber”² (pp. 228 y 229). Esta no pretende, como las teorías científicas y filosóficas, explicar la realidad como un orden, para Foucault el saber debe ser trabajado desde el interior. En otras palabras, no busca las huellas que los hombres han podido dejar, sino otras consecuencias de formación que tienen que ver con la noción de discontinuidad.

Para Foucault:

pensar la historia en su discontinuidad implica en primer lugar abandonar toda pretensión de ver en ella un *continuum* o un proceso lineal o causal de desarrollo. Supone, el rechazo de toda reflexión totalizante que haga de la historia un gran relato donde los acontecimientos sucedan según determinaciones jerarquizadas y

-
- 1 Tanto la dominación como la guerra constituyen, para Foucault, los límites del poder. Las relaciones de poder corren el riesgo, de un momento a otro, o bien de paralizarse al convertirse en dominaciones unívocas, o bien de abandonar el agonismo y la posibilidad de “manipular e inducir acciones de forma calculada” [...] para desencadenar la “lucha a muerte” [...], el antagonismo de la confrontación entre adversarios. [...] En estas condiciones, el “por qué” se unifica al “qué” y al “cómo” del poder, en la medida en que en tal concepción el movimiento de interjuego entre las sujeciones y las subjetivaciones concibe a la tensión entre las mismas como un principio que determina y modifica perpetuamente la actualidad de las estrategias de poder, sus tácticas y sus procedimientos (Del Valle, 2017, p. 10).
 - 2 Foucault llamará arqueología al método investigativo que asuma, por lo menos hasta 1970, para reconstruir un campo histórico a través de la singularidad de los acontecimientos, es decir sin inscribirlos en unidades ni subordinarlos a determinaciones preconcebidas (Mariscal, 2016).

cuya unidad e identidad prevalezca y organice las transformaciones posibles (Mariscal, 2016, párr. 7)

La historia permite datar cronológicamente el progreso social; esta forma continua, lineal y evolutiva, responde a la *Historia de las ideas*.³ La tarea primera de la arqueología no es la de interpretar los documentos, ni de determinar si lo que estos dicen es verdad o mentira; “sino más bien los divide, los distribuye, los ordena, los reparte en niveles, establece series, distingue lo que es pertinente y lo que no lo es, señala elementos, define unidades, describe relaciones” (Castro, s/f, p. 39).

La metodología de investigación arqueológica y genealógica se basa en la discontinuidad y en la diversidad: donde las singularidades y las fisuras permiten (como fenómenos) la ruptura de la continuidad.

El punto de partida de la arqueología, como método, intenta mirar la historia poniendo entre paréntesis los acontecimientos que parecen ser evidentes y que organizan el trabajo de los científicos sociales o de los historiadores. Hacer una arqueología de las ciencias humanas consistirá entonces en mirar los procesos como unidades en movimiento.

Entre arqueología e historia de las ideas encontramos cuatro grandes diferencias:

1. *Respecto de la asignación de la novedad*. La arqueología no está en la búsqueda de las invenciones o del momento en que algo fue dicho por primera vez, sino de la regularidad de los enunciados.

3 Los grandes temas de la historia de las ideas son la génesis, la continuidad, la totalización, el pasaje de la no-filosofía a la filosofía, de la no-cientificidad a la ciencia, de la no-literatura a la obra. La arqueología no es una disciplina interpretativa; no trata los documentos como signos de otra cosa, sino que los describe como prácticas. Por ello no persigue establecer la transición continua e insensible que une todo discurso a lo que lo precede y a lo que lo sigue, sino su especificidad (Castro, s/f, p. 39).

2. *Respecto del análisis de las contradicciones.* Las formaciones discursivas, objeto de la descripción arqueológica, no son un texto ideal continuo. La descripción arqueológica quiere mantener sus múltiples asperezas.

3. *Respecto de las descripciones comparativas.* Al suspender la primacía del sujeto y, de este modo, no reducir el discurso a la expresión de algo que sucede en el interior de un cogito —yo pienso—, la arqueología no pretende tampoco ser un análisis causal de los enunciados que permitiría relacionar punto por punto un descubrimiento y un hecho, un concepto y una estructura social. La arqueología se inscribe en la historia general; quiere mostrar cómo la historia (las instituciones, los procesos económicos, las relaciones sociales) puede dar lugar a tipos definidos de discurso.

4. *Respecto del establecimiento de las transformaciones.* La contemporaneidad de varias transformaciones no significa para la arqueología una exacta coincidencia cronológica. Numerosas relaciones son posibles entre ellas. La ruptura es el nombre que reciben las transformaciones que afectan al régimen general de una o varias formaciones discursivas. Por ello la época no es la unidad de base. Si la arqueología habla de época, lo hace a propósito de prácticas discursivas determinadas. (Castro, s/f, pp. 39 y 40)

La arqueología del saber, como posibilidad metodológica, precisa de una matriz conceptual propia que le permita una particular forma de hacer el análisis del discurso, esta se ocupa de enunciados y formaciones discursivas; no teniendo así una noción interpretativa o formal del discurso. “Mi objeto no es el lenguaje, sino el archivo, es decir, la existencia acumulada de discursos. La arqueología, como yo la entiendo, no es pariente de la geología (como análisis del subsuelo) ni de la genealogía (como descripción de los comienzos y las sucesiones), es el análisis del discurso en su modalidad de archivo” (Álvarez, 2020, p. 10).

El archivo para Foucault es el sistema que rige los enunciados. Este sistema preside los enunciados desde sus condiciones históricas, y posee una regularidad que le es propia; en este sentido, no es la pura transcripción del pensamiento en discurso ni una acumulación amorfa de palabras.

El archivo define los límites y las formas de la decibilidad:

(de qué es posible hablar, qué ha sido constituido como dominio discursivo, qué tipo de discursividad posee este dominio); los límites y las formas de la conversación (qué enunciados están destinados a ingresar en la memoria de los hombres por la recitación, la pedagogía, la enseñanza; qué enunciados pueden ser reutilizados); (qué enunciados reconoce como válidos, discutibles o inválidos; qué enunciados reconoce como propios y cuáles como extraños); los límites y las formas de la reactivación (qué enunciados anteriores o de otra cultura retiene, valoriza o reconstituye; a qué transformaciones, comentarios, exégesis o análisis los somete); los límites y las formas de la apropiación (cómo define la relación del discurso con su autor, qué individuos o grupos tienen derecho a determinada clase de enunciados, cómo la lucha por hacerse cargo de los enunciados se desarrolla entre las clases, las naciones o las colectividades). (Castro, s/f, p. 36)

El archivo es el lugar donde se encubren los sentidos de las relaciones de poder, esta particular experiencia en el archivo permite observar los dominios de las formaciones discursivas y no discursivas, el propósito último no es diferenciar los discursos de las prácticas no discursivas, sino más bien establecer ciertas articulaciones entre ambas dimensiones. “Por supuesto, al calificarse como ‘no discursivas’, esas prácticas siguen remitiendo a un primado del discurso [...] Lo que se busca entonces es ‘abrir el lenguaje a todo un dominio nuevo; el de una correlación perpetua y objetivamente fundada de lo visible y de lo enunciable’” (Tello, 2016, p. 9).

Foucault intenta hacer manifiesta una “politización del archivo” que “trata de considerar el discurso en su dimensión de existencia, de práctica, de acontecimiento” (2016, p. 9). El sentido del archivo no solo debe ser entendido como una posibilidad metodológica, sino como una propuesta radical y política “que rastrea las articulaciones entre los regímenes discursivos y las prácticas que los materializan” (p. 9). Por lo tanto, el archivo “es en primer lugar la ley de lo que puede ser dicho, el sistema que rige la aparición de los enunciados como acontecimientos singulares” (p. 9).

La noción de “archivo” no se refiere aquí, estrictamente, a las habitaciones repletas con viejos documentos apilados unos sobre otros, ni es sinónimo de una bodega de registros. A contracorriente de esas ideas arraigadas, Foucault es el primer filósofo en sostener que el archivo no se reduce a las instancias institucionales del museo, la biblioteca o los fondos documentales. Por lo mismo, es el primero en comenzar a problematizar manifiestamente el archivo como un espacio extendido de organización y distribución de las inscripciones, de las marcas registradas sobre la superficie social, y de su forma de registro. Si el archivo de la arqueología no está circunscrito a una sola institución, es precisamente porque es mediante las operaciones del archivo que se definen los límites y las regulaciones, lo dicho y los hechos, las actas y los actos institucionalizados en una sociedad. El archivo ordena y distribuye los enunciados que conforman las formaciones discursivas en un momento dado. (p. 9)

Las dos formas que componen todo saber son lo visible —distribución de un campo de visibilidades— y lo enunciable —un sistema organizado de enunciados—. En *Las palabras y las cosas*, Foucault (1968, p. 46) se refiere al archivo como “archivo audiovisual”, e indica que “lo que se ve nunca aparece en lo que se dice, y a la inversa”.

Tal disyuntiva se aleja de la idea de que “siempre se habla de lo que se ve, o que se ve aquello de lo que se habla, cuando en realidad existe un intersticio entre ambas dimensiones, recubierto y reorganizado en cada variación, que da lugar a una formación histórica diferente” (p. 46) y que no es solo posible contemplarla desde el archivo sino también desde el poder.

Para Foucault, el arqueólogo es el archivista, es quien saca a la luz lo que está oculto, y muestra viejos discursos como síntomas del presente. El arqueólogo además trabaja sobre la superficie y es cuidadoso en sus observaciones epidérmicas. Si el arqueólogo encuentra algún resto antiguo, lo adjunta a otros del mismo tipo.

El arqueólogo “distingue en el espesor mismo del discurso varios planos de acontecimientos posibles” entre los cuales es de destacar aquel “en el que se efectúa la sustitución de una formación

discursiva por otra (o de la aparición y desaparición pura y simple de una positividad)” (Foucault, 2010, p. 140).

Ocuparse desde la arqueología y la genealogía requiere que los arqueólogos deban deshacerse de las evidencias epistemológicas, así como desligarse de los lugares comunes en la investigación. Así, la noción de *episteme* es fundamental ya que reemplaza el orden común de los análisis, diagramando una nueva disposición de los saberes. Es decir, el arqueólogo debe ver las posibilidades discursivas despojándose de su *episteme* original.

El término *episteme* aparece como sinónimo de saber: saber teórico, saber práctico. [...] La *episteme* tiene, en primer lugar, una determinación temporal y geográfica. Foucault habla de “*episteme* occidental”, “*episteme* del Renacimiento”, “*episteme* clásica”, “*episteme* moderna”. [...] Foucault mantiene, como dijimos, una concepción monolítica de la *episteme*: “En una cultura y en un momento dado, nunca hay más que una *episteme* que define las condiciones de posibilidad de todo saber” [...] En segundo lugar [...] describir la *episteme* es describir la región intermedia entre los códigos fundamentales de una cultura: los que rigen su lenguaje, sus esquemas perceptivos, sus intercambios, sus técnicas, sus valores, la jerarquía de sus prácticas y las teorías científicas y filosóficas que explican todas estas formas del orden. En tercer lugar, la descripción no refiere los conocimientos ni al punto de vista de su forma racional ni al de su objetividad, sino más bien a sus condiciones de posibilidad. Se trata de describir las relaciones que han existido en determinada época entre los diferentes dominios del saber, la homogeneidad en el modo de formación de los discursos. De este modo, se puede pensar la descripción de la *episteme* como una mirada horizontal entre los saberes. (Castro, s/f, pp. 170 y 171).

El arqueólogo no trabaja desde los encuadres epistemológicos sino desde la *episteme*, es decir, desde “cierta estructura del pensamiento de la cual no podrían escapar los hombres de una época” (Foucault, 2007, pp. 249 y 250); la *episteme* posibilita analizar el cómo y el por qué

“de las formaciones discursivas,⁴ de las positividades y del saber en sus relaciones con las figuras epistemológicas y las ciencias” (p. 250).

La episteme es el conjunto de relaciones que se pueden descubrir, en las prácticas discursivas que dan vida a las figuras epistemológicas y que eventualmente como sistemas se van formalizando, y que se sitúan y se operan en distintos límites de tiempo, espacio y lugar.

Las características de la episteme son:

1. Es un campo inagotable y nunca puede darse por cerrado; no tiene por finalidad reconstruir el sistema de postulados al que obedecen todos los conocimientos de una época, sino recorrer un campo indefinido de relaciones. 2. No es una figura inmóvil que aparece un día y luego desaparece bruscamente; es un conjunto indefinidamente móvil de escansiones, de corrimientos, de coincidencias que se establecen y se deshacen. 3. Permite captar el juego de coerciones y limitaciones que, en un momento dado, se imponen al discurso. 4. No es una manera de replantear la cuestión crítica (esto es: dada una determinada ciencia, ¿cuáles son sus condiciones de legitimidad?). (Castro, *s/f*, pp. 170 y 171)

La episteme, el saber y el poder coexisten, se presuponen, se responden. En esta dinámica, sin embargo, el poder estaría por sobre el saber; siendo el saber constitutivo de la episteme.

Las relaciones de saber suponen las relaciones de poder; el funcionamiento entrelazado de las prácticas discursivas y no-discursivas evidencia el problema de la relación entre el saber y el poder, la racionalización del saber y las formas del ejercicio del poder. El ejercicio del poder⁵ se presenta como una extensión de los procesos de racionalización.

4 La formación discursiva es “un conjunto de reglas anónimas, históricas, siempre determinadas en el tiempo y en el espacio, que han definido en una época dada, y para un área social, económica, geográfica o lingüística dada, las condiciones de ejercicio de la función enunciativa” (Castro, *s/f*, p. 218).

5 La pregunta de Foucault no es “¿qué es el poder?”, sino “¿cómo funciona?”. Desde las extremidades, desde un punto de vista positivo y reticular sobre el

Foucault analiza cómo los procesos de racionalización recaen en determinadas prácticas como la disciplina y la biopolítica.

Según Foucault, la disciplina:

1. Analiza, descompone a los individuos, los lugares, los tiempos, los gestos, los actos, las operaciones.
2. Clasifica los elementos así identificados en función de objetivos determinados.
3. Establece las secuencias o las coordinaciones óptimas.
4. Fija los procedimientos de adiestramiento progresivo y control permanente.
5. Distingue entre quienes serán calificados como ineptos e incapaces y los demás [...] Normal y anormal [...] Lo normal es, precisamente, lo que es capaz de adecuarse a esa norma. (León Casero y Castejón, 2019, p. 159)

La biopolítica, por su parte, constituye los mecanismos de la tecnología política: son las técnicas que los gobiernos utilizan para controlar a las poblaciones. La biopolítica es resultado del biopoder —la relación entre el poder y el saber— en las instancias de la *gubernamentalidad*; la gubernamentalidad⁶ se refiere a la forma de gobernar.

Para Foucault la racionalidad de las prácticas de gubernamentalidad se traduce en los siguientes ejes:

poder, habrá que preguntarse: qué sistemas de diferenciación permiten que unos actúen sobre otros (diferencias jurídicas, tradicionales, económicas, competencias cognitivas, etc.); qué objetivos se persiguen (mantener un privilegio, acumular riquezas, ejercer una profesión); qué modalidades instrumentales se utilizan (las palabras, el dinero, la vigilancia, los registros); qué formas de institucionalización están implicadas (las costumbres, las estructuras jurídicas, los reglamentos, las jerarquías, la burocracia); qué tipo de racionalidad está en juego (tecnológica, económica) (Castro, s/f, p. 413).

- 6 Entonces, el análisis de la gubernamentalidad abarca, en un sentido muy amplio, el examen de lo que Foucault denomina las artes de gobernar. Estas artes incluyen, en su máxima extensión, el estudio del gobierno de sí (ética), el gobierno de los otros (las formas de gobernabilidad) y las relaciones entre el gobierno de sí y el gobierno de los otros (p. 236).

1. El conjunto constituido por las instituciones, los procedimientos, análisis y reflexiones, cálculos y tácticas que permiten ejercer esta forma de ejercicio del poder que tiene por objetivo principal la población, por forma mayor la economía política, y por instrumento técnico esencial los dispositivos de seguridad.
2. La tendencia, la línea de fuerza que en Occidente condujo hacia la preeminencia de este tipo de poder que es el gobierno sobre todos los otros —la soberanía, la disciplina—, y que, por otra parte, permitió el desarrollo de toda una serie de saberes.
3. El proceso o, mejor, el resultado del proceso por el cual el Estado de justicia de la Edad Media se convirtió, durante los siglos XV y XVI, en el Estado administrativo y, finalmente, en el Estado gubernamentalizado. (Castro, *s/f*, p. 236)

En cuanto a la noción foucaultiana de gobierno considera que este trabaja sobre el comportamiento de los sujetos, sobre sus actuaciones; por lo tanto, gobernar consiste en conducir conductas. Foucault se interesa particularmente por los modos de objetivación subjetivación.

Mientras que la disciplina normaliza, la biopolítica formaliza la disciplina. Para Foucault, el poder es en realidad una forma de enfrentar el tema del sujeto:

Ante todo, quisiera decir cuál ha sido el objetivo de mi trabajo de estos veinte años. No ha sido analizar los fenómenos de poder ni echar las bases para este análisis. Traté, más bien, de producir una historia de los diferentes modos de subjetivación del ser humano en nuestra cultura; traté, desde esta óptica, tres modos de objetivación que transforman a los seres humanos en sujetos. (p. 305)

Los saberes (que pretenden asentar al Estado de las ciencias), las prácticas (que dividen a las acciones y a los seres humanos) y la manera en la que los seres humanos se transforman en sujetos.

Foucault estudia la manera en que el poder se ejerce desde los mecanismos gubernamentales modernos y cómo estos procuran sujetar a los individuos con dispositivos de poder que producen formas de

saber específicas (para la subjetivación). En otras palabras, los aparatos gubernamentales modernos procuran sujetar a los individuos con dispositivos de poder que suscitan formas de saber específicas.

Frente a este último, asoman los vestigios de prácticas singulares de “un arte de no ser de tal modo gobernado”, que Foucault denomina también como *crítica*, las *prácticas críticas* intentan una “*desujeción* de los regímenes de verdad y sus dispositivos de poder” (Tello, 2016, pp. 57-59).

El estudio de las relaciones entre en el gobierno de los otros y el gobierno de sí en el marco de la gubernamentalidad permite, por otro lado, la articulación de las estrategias de resistencia.

La radicalidad de este gesto de sujeción a los regímenes de verdad podría tener un doble efecto: mostrar los límites epistemológicos, no solo expone la contingencia y mutabilidad del campo de inteligibilidad en el que nos movemos, al mismo tiempo, puede poner en riesgo la propia ontología que está aquí en juego, es decir, aquello que ese entramado de poder y saber hacía ver y hacía decir. En suma, una exposición a lo impensado que transforma las condiciones de la experiencia misma: una experiencia posible de lo imposible. No hay pues subjetivación sin esa sujeción, sin un procedimiento crítico que conlleva a desprenderse de uno mismo. (2016, pp. 57-59)